LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

JOSÉ ANTONIO CALDERÓN QUIJANO*

Agradezco muy de veras poder escribir unas líneas en este volumen, dedicado a la memoria de Vicente Rodríguez Casado, que fue el creador de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Y esto tiene una doble significación. De un lado, porque lo considero un acto de estricta justicia y reconocimiento a lo mucho que Rodríguez Casado ha hecho por los estudios y el conocimiento de la Historia de América en Sevilla, y consiguientemente por el americanismo español. De otro, por mi amistad, y por el obligado sentimiento de gratitud que le debemos todos los americanistas sevillanos.

Comenzaré haciendo un breve bosquejo del recuerdo que tengo de Vicente, a quien conocí recién llegado a Sevilla el año 1942, cuando acababa de ganar su cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de nuestra Universidad con 23 años, e iniciaba sus investigaciones sobre el reinado de Carlos III, periodo en el que ha llegado a ser uno de los más calificados especialistas.

Corpulento, dinámico en extremo, con inagotable actividad en el logro de sus propósitos, producía un efecto impresionante a todos los que entonces le conocimos. En constante movimiento, no cejaba hasta conseguir lo que él consideraba debía hacer. Desde septiembre, en que llegó a Sevilla para comenzar el curso académico hasta comienzos de noviembre, son incontables el número de gestiones que llevó a cabo con las más diferentes personas hasta entonces totalmente desconocidas para él, y los numerosos viajes que hizo a Madrid para conseguir, en un tiempo record de mes y medio,

---

* Secretario del I Curso de la Universidad de la Rábida (1943). Catedrático de Historia de América, Universidad de Sevilla. Este texto es adaptación y resumen de una colaboración del autor para la Escuela de Estudios Hispano-Americanos con motivo del fallecimiento de don Vicente Rodríguez Casado.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

que las máximas autoridades del Ministerio de Educación y del C.S.I.C. accedieran a la solicitud e instancias de un muchacho de 24 años —sobre todo si tenemos en cuenta lo que esto significaba dentro de la mentalidad y los recursos científicos de aquel momento— para la creación en Sevilla, no obstante su honda significación americanista, de un organismo de investigación de Historia de América, equivalente al único existente entonces en España, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, de Madrid.

La etapa fundacional

Hay que retroceder a la situación que en todos los aspectos vivía España en aquellos años, y nuestra Universidad —donde nació la Escuela— instalada desde 1771 en la antigua Casa Profesa de la Compañía de Jesús, con un montaje inadecuado para cualquier tipo de enseñanzas, y alguna de cuyas aulas era jocosamente denominada «el comedor», porque lo había sido de la enfermería de los jesuitas; o «la cueva», sin ninguna ventana, cuya lobreguez era aprovechada para las proyecciones de la clase de Historia del Arte, etc. Y en aquellas circunstancias logró Vicente le fuera cedida una amplia habitación del viejo edificio, que daba a la calle, y había servido con anterioridad como local de la Federación Universitaria Escolar, y más tarde para los órganos económicos de la Universidad.

Allí se estableció inicialmente la Escuela, incorporando a los fondos de su biblioteca los del antiguo Centro de Historia de América, procedentes en su casi totalidad de las adquisiciones hechas por don Diego Angulo Íñiguez durante su viaje a Méjico en 1934, y a las cuales destinó la bolsa de viaje que le había sido concedida por el Ministerio de Instrucción Pública. Y en toda esta tarea inicial no quiero ni debo omitir la eficacísima colaboración que le prestó en todo momento otro entrañable amigo y compañero, también desaparecido, Florentino Pérez-Embid. Allí se instaló todo. Despacho único, biblioteca, sala de juntas, seminarios, etc. Llamábamos a aquel lugar «la taberna de Curro», nombre que le dio Guillermo Lohmann Villena, diplomático e historiador peruano, que colaboró en la Escuela desde su llegada a España. La razón estaba en que el primer bibliotecario de la Escuela fue François Chevalier, Diplomado en la Escuela Superior de Chartes de la Universidad de la Sorbona.

El traslado al local en que actualmente se encuentra la Escuela tuvo lugar más tarde, en 1948, en que se hizo el edificio con motivo de la conmemoración del VII centenario de la reconquista de Sevilla, siguiendo en

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

ello una sugerencia de Antonio Muro, y gracias a la benevolencia del Rector, don Mariano Mota Salado. Este local, destinado entonces a Biblioteca Universitaria, y próximo a inaugurarse con otros —las nuevas instalaciones del Museo de Bellas Artes, el Museo Arqueológico, el Colegio Mayor Santa María del Buen Aire, etc.—estaba aún pendiente de pavimentación en la planta baja, y esa circunstancia determinó que la Escuela pudiera instalarse en él, con una precaria solería, y comenzara sus crecientes actividades.

De aquella edificación a lo que hoy podemos contemplar hay una enorme distancia. Apenas existían las plantas baja y principal de la parte central, el salón de lectura, y el depósito de libros que más tarde había de tener un triple aprovechamiento: como tal depósito de libros, imprenta y residencia de investigadores. El crecimiento posterior para instalación y adaptación de los actuales seminarios y dependencias tuvo lugar a partir de entonces.

Hoy día, este edificio que, gracias a la gestión y actividad de Rodríguez Casado, pertenece al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es una consolidada y prestigiosa realidad.

En él ejerció la Escuela su doble actividad inicial, docente e investigadora, y por ello también, después de creada la Sección de Historia de América de la Facultad de Letras de nuestra Universidad, tuvieron aquí lugar estas enseñanzas hasta su definitivo traslado a las instalaciones universitarias de dicha Facultad en la antigua Fábrica de Tabacos.

Esta breve exposición, incapaz de reflejar, siquiera sea sucintamente, el alcance y la trascendencia de la labor de Rodríguez Casado, está, por otro lado, para quien desee conocer con mayor pormenor esta etapa de su vida, en el libro que le dediqué sobre el Americanismo en Sevilla (1900-1980). Voy a intentar hacer ahora una breve síntesis de los primeros quince años de la Escuela, creación suya, que en noviembre del 92 cumplió medio siglo de existencia y es, sin duda, el más sólido y fructífero exponente del americanismo, no sólo en España, sino en el mundo.

Investigación y publicaciones

Rodríguez Casado concibió la Escuela para la formación y orientación de los americanistas, no sólo como los Institutos, que era la denominación habitual dada entonces a los organismos del C.S.I.C, sino como una institución que tendría primordialmente un carácter formativo, y en la cual se

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

enseñarían, a los futuros investigadores, docentes, estudiosos y especialistas, las distintas materias de la Historia de América, y de ello da cumplido testimonio el más de medio centenar de doctores que han logrado la máxima titulación que otorga la Universidad, aprovechando sus orientaciones, y la biblioteca, e instalaciones de ella. Rodríguez Casado tuvo en todo momento una visión de futuro de la función de la Escuela, y es indudable que acertó por los frutos alcanzados hasta la fecha.

Sería, pues, un centro para postgraduados que quisieran alcanzar el título de doctor en ese aspecto tan importante de la Historia de España como es el de su proyección en el Nuevo Mundo, y de ahí precisamente viene su denominación de Hispanoamericana.

Por eso también, antes de lograr tres años más tarde, en 1945, el establecimiento de las enseñanzas de Historia de América en la nueva Sección de esta especialidad en la Facultad de Letras, la Escuela, organismo entonces vinculado a nuestra Universidad y al C.S.I.C., y con el doble carácter docente e investigador, impartió también el conocimiento de dichas materias para el logro del diploma correspondiente.

Más tarde, el planteamiento de la Escuela como organismo de investigación es concebido en una cuádruple proyección:

— La mencionada formación de los investigadores en Historia de América.

— El fomento de la biblioteca especializada, cuyo progresivo incremento la ha constituido, sin duda, en la más completa en su género en Europa.

— La orientación y preparación de las investigaciones bibliográficas y documentales, estas últimas fundamentalmente sobre los fondos del Archivo de Indias.

— La proyección en todo el mundo de estas investigaciones que han dado origen a los consiguientes estudios monográficos, difundidos mediante los libros y artículos de revistas, tarea llevada a cabo por la Sección de Publicaciones de la Escuela.

En la jefatura de la biblioteca actuaron en aquella época personas de la competencia de Rosario Parra, Francisco Morales Padrón, Lourdes Díaz-Trechuelo y Bibiano Torres.

La Sección de Publicaciones estuvo inicialmente encomendada a Florentino Pérez Embid, Antonio Muro y Guillermo Céspedes.

Esta Sección de Publicaciones, proyección científica de la Escuela, y en cuyos títulos aparecen desde el primer momento renombrados especialistas españoles, americanos y europeos, tuvo a su vez las siguientes secciones:

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

— La de «Monografías», para las investigaciones de primera mano y mayor entidad.

— La colección «Dos Colores», para estudios monográficos de menor amplitud, tales como las tesis de licenciatura y los temas más concretos.

— La colección «Mar Adentro», para ensayos filosóficos, literarios, etc.

Pero al lado de estas publicaciones, que, como hemos dicho, tenían carácter monográfico independiente, estaban las publicaciones periódicas, cuyos exponentes son:

El *Anuario de Estudios Americanos*, la más importante y continua publicación en su género, dirigida durante muchos años por Francisco Morales Padrón, y que más tarde ha dado lugar a dos segregaciones:

— La *Revista de Historiografía y Bibliografía Americanista*, hoy *Suplemento de Estudios Americanos*, creada también por Morales Padrón.

— Las monografías, incluidas en el *Anuario*, pero que por su interés se consideraban acreedoras a una edición independiente. Toda la temática del *Anuario* hacía referencia fundamental a la historia en la Edad Moderna.

Pero al considerar convenientemente Rodríguez Casado abarcar en los estudios de la Escuela las distintas etapas que ofrece la cronología del continente americano, creó en 1948 la revista *Estudios Americanos*, dirigida por Octavio Gil Munilla, y que tuvo como objeto dar a conocer la problemática americana en la actualidad.

Las lógicas dificultades que entonces, ahora y siempre se han encontrado para la impresión y publicación de obras científicas llevaron a Rodríguez Casado a establecer una imprenta en el propio local de la Escuela, también dirigida por Octavio Gil Munilla, lo cual permitió editar el creciente número de trabajos de ésta, que en su época se cifraba en torno a los 125 títulos, dentro de las distintas modalidades que hemos mencionado, y que en la actualidad alcanzan hasta 355.

Convivencia y compañerismo

Para facilitar la estancia en esta ciudad, dentro de las siempre precarias posibilidades en que se desenvuelven los estudiosos e investigadores, estableció la Residencia de Investigadores de la Escuela, dirigida al principio por el propio Rodríguez Casado y más tarde por Alfonso Polo.

No quiero insistir en las innumerables vicisitudes y anécdotas que la tarea de Rodríguez Casado llevó aparejada, y que estuvo en íntima relación con las otras dos importantes creaciones suyas, la Universidad Hispa-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

noamericana de Santa María de la Rábida y la Sección de Historia de América de la Facultad de Letras de la Universidad, instituciones ambas que hoy desempeñan una actividad científica sin precedentes en su género.

La Escuela ha sido en todo momento una institución en la que ha reinado un sincero sentimiento de compañerismo y amistad entre todos los miembros pertenecientes a los distintos escalafones de ella.

Aquí se han formado una serie de jóvenes que entraron a desempeñar tareas subalternas o meramente burocráticas y que precisamente por el concepto que de esta institución tenía Vicente Rodríguez Casado, pudieron acceder a otros puestos más calificados dentro de la Escuela al facilitarles los estudios de enseñanza media y universitaria, y la preparación necesaria para tomar parte en los concursos y oposiciones de plazas a distintos escalafones del C.S.I.C.

Este clima de convivencia, que ha motivado que todos sus miembros hayamos sentido siempre a la Escuela como cosa propia, es otro de los singulares aciertos de su creador.

El «leit-motiv» de don Vicente

Mas yo no debo terminar sin añadir algo que considero imprescindible y fundamental en este esbozo de la personalidad, realmente excepcional, de Vicente Rodríguez Casado en su aspecto humano y vital, y que hasta aquí hemos intentado pergeñar en orden a su labor profesional en esta Escuela.

Cordial, afable, extrovertido, abierto de carácter, incansable en su permanente actividad, sin titubear en llevar a cabo los mayores esfuerzos y sacrificios para lograr lo que él creía eran su deber y su obligación en cada momento. Pero no podríamos comprender toda esta actuación de Vicente Rodríguez Casado, desde su llegada, y durante su estancia de 15 años en Sevilla, si no nos damos cuenta del «leit-motiv» que en todo momento le impulsaba.

Hombre profundamente religioso, dio un primordial sentido a su fe, que le llevó a una total dedicación de su vida a estos principios concebidos por él en todo momento de acuerdo con las normas del Opus Dei, institución a la que perteneció, y cuya fundación y primer establecimiento personal debía lograrlo en la diaria labor profesional; y ello de por sí explica mejor que nada la ingente y excepcional tarea que, en el campo del americanismo, tuvo como resultado la creación y desarrollo de esta Escuela de Estudios Hispanoamericanos durante los años en los que vivió en Sevilla.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei